

*sermone*, que apareció en el volumen VIII de la *Biblia Poliglota de Amberes* (1571).

El libro ofrece un interés indudable para los estudiosos de los diversos campos del pensamiento renacentista. Ha merecido la pena el trabajo que ha realizado el equipo de estudiosos que lo ha devuelto a la luz. Esperemos que la *Bibliotheca Montaniana* cuente pronto con nuevas obras de este importante pensador. [FRANCISCO JAVIER PEREA SILLER]

BENÍTEZ, Francisco, *Belalcázar. El Halcón y la columna*, Ayuntamiento de Belalcázar-Diputación de Córdoba-Ediciones Duque, 2003.

En la presentación de la última obra de Francisco Benítez, el alcalde de la localidad que da título a la misma, Vicente Torrico Gómez, resaltaba el carácter local de esta pieza teatral con emotivas declaraciones, al tiempo que dejaba claro que el objetivo de la edición de la obra es, junto con la difusión de la historia de Belalcázar, que el pueblo disfrute con la participación en su representación. Por tanto, nos situamos ante una obra de encargo, “pensada y escrita” con la finalidad mencionada, pero en ella lo que pudiera haber de “localismo” no contraviene su plena valía desde una perspectiva literaria amplia, ya que la calidad del texto y su propuesta teatral supera las barreras que en otro caso pudieran derivarse de su punto de partida.

Francisco Benítez es un autor a quien no le hace falta presentación, porque cuenta con una larga y conocida carrera artística. Entre sus obras estrenadas se encuentran *La víspera* (Barcelona), *Los invitados* (Granada), *Farsa inmortal del Anís Machaquito*, *El Rosario de la aurora* y *Melodrama verídico de Burri de Carga* (Madrid); entre las publicadas, *Los invitados* (Escélicer), *Farsa inmortal del Anís Machaquito* (La Avispa), *Melodrama verídico de Burri de Carga* (La Avispa) y *Joaquín Muñoz en casa de las máscaras* (La Avispa), además de las recogidas en los volúmenes *Números* (La Avispa), *Candelabro de muecas* (Diputación de Córdoba) y el *Pergamino de la historia de Francia* (III Premio Duque de Rivas), entre otras.

También la primera cuestión que nos suscita la lectura, acerca de la trascendencia de una obra de este tipo fuera del contexto que la genera, cuenta para su resolución con un antecedente del mismo autor, *La vaquera de la Finojosa*, cuya efectiva trayectoria teatral avala esta escritura. En 1998, coincidiendo con el VI Centenario del nacimiento del Marqués de Santillana, se representó por primera vez esta obra en Hinojosa del Duque. En ella, se recrea la estancia histórica de don Iñigo López de Mendoza en la villa aproximadamente en 1432 y su enamoramiento de una vaquera. De hecho, existe una carta manuscrita del Marqués dirigida al Conde de Torres Bermejas, en la que se cuenta lo ocurrido entre el poeta y la vaquera, con fecha de 1438. Y a ello se debe, con toda seguridad, la serranilla que comienza “Moça tan fermosa non vi en la frontera como una vaquera de la

Finojosa”, así como la alusión a tal personaje femenino en tres de sus serranillas. El éxito de esta representación, manifiesto no sólo en el público, sino en la crítica —que llegó a galardonarlo con el “Premio Internacional Munde Teatre”— llevó, tras una segunda representación al año siguiente, al Ayuntamiento de Hinojosa del Duque a establecer el carácter bianual de dicha puesta en escena.

Coincidiendo con *Belalcázar*, se trata de un espectáculo de inspiración medieval y, de acuerdo a sus mismas posibilidades escénicas, se representa en la Plaza de la Catedral de la localidad con la participación de unos ciento cincuenta vecinos —unos cuarenta y cuatro en el caso de *Belalcázar*— repartidos en una variada tipología de personajes (pastores, aldeanos, serranas y otras capas sociales) y con una rica ambientación escénica propia de un ambiente rural. Salvo los caracteres populares de la representación, los dos textos presentan concomitancias con comedias del teatro barroco como *Fuenteovejuna* de Lope de Vega. Así, desde el mismo título que alude a una localidad concreta, se aprecian rasgos como la presencia de un componente histórico argumental, asociado, como en toda una serie de obras del siglo XVII, a las conflictivas relaciones entre el rey, el noble y el villano, como *El mejor alcalde, el rey*, *Fuenteovejuna* o *Peribáñez y el comendador de Ocaña* de Lope de Vega, en las que el drama se teje en torno a un personaje que detenta injustamente su poder hasta desencadenar una sublevación.

Como en los dramas barrocos, Benítez acude a una ambientación entre la verdad histórica y el valor significativo, en este caso la constitución del condado de Belalcázar y sus momentos de prosperidad, cuando estaba formado por territorios de Badajoz y Córdoba e incluía varios pueblos, como Hinojosa del Duque o Villanueva del Duque. La acción transcurre entre 1432 y 1483 para evocar el proceso por el que se pasa de señoría a condado, si bien no de forma lineal, sino a través de un dramático juego de prolepsis y analepsis, junto a situaciones intemporales —fuera de la acción o en la mente de los personajes—, que dota a la obra de una gran viveza y movimiento.

Otro rasgo compartido con el teatro nacional es el componente lírico con la introducción de los romances y las canciones populares, fundamentalmente por parte del coro de mozas, destacando, el que cierra la obra en réplica dramática al de la boda de doña Elvira y don Alfonso; también destaca la solemnidad de los alejandrinos del coro de mancebas, que tiene una funcionalidad de premonición, en consonancia con la tragedia griega. En menor medida el componente lírico aparece en parlamentos individuales, como el romance de don Álvaro antes de irse a la guerra o el diálogo ficticio entre Leonor y su difunto marido, Guzmán. La ágil articulación de los parlamentos acerca en muchos momentos la prosa al ritmo del verso, encontrando un punto intermedio entre el lirismo de la dramaturgia barroca y los hábitos del oído y la comprensión del público actual. La modernización muy acertada de ciertos términos —junto al conservadurismo necesario de

otros—contribuye al acercamiento de la época al lector/espectador moderno, de manera que se recrea el ambiente medieval, pero sin olvidar su proyección actual y nos sitúa ante una obra plenamente contemporánea, ajena a un patrón concreto.

Desde el punto de vista genérico, la obra se acerca al modelo de la tragicomedia, ya que, aunque presenta el riesgo trágico e implica afectivamente a los espectadores, hasta alcanzar la catarsis final, además de la función apuntada del coro de las Mancebas, la combina con una relativa comicidad perfectamente aislada del conflicto dramático y encarnada en la figura de la atolondrada doña Piedad. Además, hay situaciones dramáticas de cierto tinte cómico como las que giran en torno a la columna y la ironía de Leonor. Los efectos se potencian con la propuesta de puesta en escena a partir de su esencial carácter colectivo y coral, con amplia participación de figurantes, y, sobre todo, por estar concebida para la representación al aire libre en la plaza del pueblo, en abierta oposición al modelo dramático y teatral del escenario encerrado en una sala, con la distancia prevista entre actores y espectadores. La propuesta de esta obra desde su propia génesis es la contraria: la disolución de las fronteras entre el público y la representación, entre el pasado y el presente, entre la historia y la leyenda, con algo de rito y de ceremonia barroca.

En cuanto a la trama y los motivos temáticos, la obra gira en torno a la vida de la familia noble de los Alcántara, cuyo último miembro llega a ser conde de Belalcázar, y nos sitúa en las intrigas cortesanas y las revueltas de los nobles de una Castilla de guerras, alianzas y traiciones, en la época turbulenta de los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos; junto a este contexto histórico, la obra recrea la vida cotidiana de unos personajes con unos sentimientos y unas preocupaciones concretas e individualizadas. Es en su construcción donde el texto muestra la destreza y su solidez compositiva. Elvira es uno de los más interesantes, con su papel de mujer fuerte en su papel de cabeza de una familia noble deshecha económica y socialmente por culpa de su marido y su desenlace como víctima del conflicto central. En el caso de Alfonso su fracaso es consecuencia directa de la deshonra de su padre, cuyo despotismo reproduce, pero con la falta de rigor reveladora de una decadencia. Completando la saga, Guzmán se presenta como "el salvador", que acaba con la angustia que arrastraba la familia desde la traición de su abuelo.

La división formal de la estructura dramática, en dieciocho escenas formando tres partes ("El Maestre", "El Halcón" y "La Columna"), permite de cara a la adaptación escénica una gran flexibilidad: cada parte tiene la unidad suficiente para representarse aislada o junto con las demás, al modo en que se organizaban los retablos del gótico evocado en el texto, con paneles de valor autónomo, pero con pleno sentido en el conjunto. Considerado en su conjunto, el texto mantiene el orden barroco de la división ternaria. La

primera de las partes gira en torno a la figura de don Gutierre de Guzmán, Maestre de la orden de Alcántara. Tiene una estructura cíclica organizada en tres secuencias. La primera (dos escenas) nos sitúa en el presente y nos informa sobre la crueldad del Maestre, creando el clima de tragedia. La segunda secuencia es una analepsis hacia el pasado del personaje (tres escenas). La última (una escena), nos devuelve al presente, con un Maestre arrepentido y abierto a una cierta esperanza. "El Halcón" se compone de una secuencia de cuatro escenas alrededor de la figura de Alfonso, aunque tiene tres tramas clarísimas: situación inicial relacionada con la boda, conflicto interior de Alfonso y desenlace fatal con su muerte. Finalmente, en "La Columna" es Gutierre el protagonista de la saga familiar del Maestre, aunque, como hemos dicho, el protagonismo de Elvira desde su aparición como mediadora es evidente; supone la restitución del orden en tres planos que equivalen a tres secuencias: el plano político y social (una escena), el plano religioso (cuatro escenas) y el plano interior de los personajes, especialmente de Elvira (tres escenas). Aunque el esquema es similar al de la comedia nueva de Lope, su ritmo es más pausado, y la caracterización más compleja de los personajes potencia los tintes de tragedia. A lo largo del texto un elemento de conexión entre una parte con otra garantiza el sostenimiento de la tensión dramática, en tanto que la articulación en cuadros escénicos permite la adaptación del espectáculo a circunstancias diversas de lugar, tiempo y recursos.

El espacio dramático se organiza en un juego muy conseguido con la variedad de los escenarios. Las cuidadas acotaciones escénicas revelan el oficio del autor y su dominio de los recursos escénicos. El escenario alto se emplea siempre para el Coro de Mancebas o para algunas apariciones, funcionando como contrapunto dramático y escénico a la acción principal. La diferencia entre los escenarios A y B se apoya en el juego de luces, permitiendo tanto la simultaneidad como la alternancia. El uso de la penumbra y las luces mágicas sirve para crear situaciones irreales que se producen en la mente de los personajes, combinando fantasía y realidad. El proscenio cumple un papel importante en dos ocasiones, estableciendo paréntesis en el desarrollo de la acción en un juego con el público, entre el distanciamiento como espectadores (en la escena de Cola María Bazurto) y la identificación como habitantes del lugar (en la arenga militar de Álvaro). En los cambios de lugar y de decorado, podemos destacar, entre otras, dos escenas significativas por la riqueza visual de su representación en un espacio amplio y abierto: la citada arenga del segundo conde de Belalcázar a los espectadores como si fueran sus soldados, junto con el romancillo cantado por el coro de mozas; y la entrada y salida de la comitiva de don Juan de Sotomayor a caballo.

Garantizado, sin lugar a dudas, el disfrute del público en la representación popular, también lo está el de la difusión del legado histórico de un pueblo

con un patrimonio cultural y artístico relevante, formado por la diversidad de civilizaciones que a lo largo de la historia se han asentado en la región (íberos, romanos, musulmanes, cristianos, etc...). Entre sus monumentos y construcciones más interesantes destaca uno de los “protagonistas” de la obra: el castillo de los Sotomayor y Zúñiga o castillo de Belalcázar, que es la construcción más espectacular de la población y su emblema. La torre del homenaje —desde la que quería soltar los halcones el personaje de don Alfonso— impresiona por su tamaño y destaca por el escudo de los Sotomayor. Otras siete grandes torres de granito acompañan esta colosal fortaleza y, sumadas a construcciones religiosas y civiles, como el mayor y más bello convento de Córdoba, el de Santa Clara de la Columna, forman un escenario real con un evocador aire de medievalismo en el que se inserta la representación propuesta, en un rico diálogo entre el texto y su marco local.

Especialmente apta para su representación en el pueblo, en el escenario abierto y genuino de Belalcázar, la obra consigue el objetivo que para ella señalaba Vicente Torrico, y lo hace sin ceñirse a los límites de una coyuntura, sino en un ejercicio de escritura dramática en que confluye la tradición de nuestro teatro nacional con las aportaciones de la renovación de la teatralidad ensayada en las últimas décadas del siglo XX. Sumada a la trayectoria de *La vaquera de la Finojosa*, cuya favorable acogida merece compartir, *Belalcázar. El Halcón y la Columna* confirma las posibilidades de un discurso dramático y teatral que, a partir de lo local, se eleva a altas cotas de calidad artística. [MARÍA REY CARMONA]

DIÓN DE PRUSA, *Euboico o El Cazador*. Ed. crítica bilingüe, con introducción, traducción y comentario de Ángel Urbán, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2004, 280 págs.

Con júbilo han de recibir los interesados en el mundo grecolatino, principalmente los especialistas del período helenístico-romano, la reciente obra publicada con el n. 12 dentro de la Colección Nuevos Horizontes (Serie Lingüística). El buen gusto, el cuidadoso esmero que presenta la reciente edición se corresponden con el tradicional aprecio que el *Euboico* ha venido ocupando entre el nutrido legado del escritor heleno Dión de Prusa, y ello no tanto por contarse entre los más extensos de sus 80 discursos (λόγοι) conservados, lo que alude a su importancia, sino ante todo por considerarse una pieza de altísima calidad literaria. Si al atractivo que suscita desde el punto de vista filológico, añadimos otras notas de interés —histórico, sociológico, ideológico, político, etc.—, que esta obra encierra, y el acierto del prof. Ángel Urbán en poner tan ricos aspectos de relieve con excelente análisis, traducción y comentario, creo que sobran motivos para celebrar la aparición de esta novedosa y original edición crítica.

Tras el índice general y un breve prefacio, la obra se abre con el detallado y bien documentado estudio que integra la “Introducción general” (págs. 13-